

El Club de las Uruguayas Fantásticas

* * *

Verónica Lecomte



El Club de las Uruguayas Fantásticas

* * *

Verónica Lecomte

loqueleg

- UNO -

¿Dónde estabas?

Nunca antes la había visto.

Entre tantas fotos, objetos viejos y un vestido arrugado, parece como recién llegada.

Me encanta oler las cosas, y conozco el perfume del baúl a la perfección. Huele a flores secas, a jabón, a papeles y a pañuelos con puntillas. La caja de tapa dorada que acabo de encontrar en el fondo del baúl tiene el mismo aroma, y para mí es el aroma a bisabuela.

Mi bisabuela murió hace muchos años y no llegó a conocerme. Sé muy poco o casi nada de ella, con excepción de lo que imagino al revolver sus pertenencias. Vengo al sótano cuando mis padres me prohíben hacer lo que me gusta, porque no estudié o porque traje notas bajas. Entonces, es el lugar perfecto de la casa: me escapo de sus rezongos y tengo de todo un poco para revisar y entretenerme.

Hoy, esta caja dorada, este pequeño objeto misterioso, me salva del aburrimiento de quedar aislada del mundo y de mis amigos.

Decido abrirla, pero al final cambio de idea: quiero adivinar su contenido. ¿Y si hay cartas donde se revelan secretos o algún amor oculto? ¿Y si mi bisabuela planeaba fugarse? ¿Y si el vestido arrugado era para su boda? ¿Y si no quería casarse? ¿Y si encuentro objetos que ella escondió, por ejemplo, un pasaje en barco para otro continente, o las pistas para develar un crimen? ¿Qué vida habrá tenido en aquellos tiempos? No creo que fuera emocionante, pero...

12 ¡Ay! ¡Cuántas ideas se me ocurren! Podría escribir un libro... pero eso da mucho trabajo y hay que corregir las faltas de ortografía. Además, no me parece que en esa época mi bisabuela fuera protagonista de hechos extraordinarios, por lo cual me quedaría sin argumento para la historia...

¡Tengo que abrir la caja de una vez!

Respiro profundo, manipulo con cuidado para no romper la tapa y meto la mano. Cierro los ojos para sorprenderme cuando vea el contenido... y lo saco. Cuento hasta tres... y miro.

Hay un sobre. De nuevo mi imaginación se hace mil preguntas, o tal vez no tantas, pero sí unas cuantas preguntas.

Como me gusta el suspenso, cierro los ojos nuevamente, y reitero el conteo. Uno, dos, tres. Introduzco los dedos y...

Al mirar me dan ganas de cerrarlos —a los ojos, al sobre y a la caja—, para darles una segunda oportunidad,

porque lo que tengo entre mis manos es una simple tarjeta. Ni secretos ni declaraciones ni confesiones ni objetos mágicos o tenebrosos. Nada de eso.

Apenas una tarjeta.



Después de volverla a su lugar, pienso en todo lo que no sale como yo quiero, como cuando era más chica y pedí un perro para mi cumpleaños y me regalaron una mochila. O cuando dije que quería ser astronauta, o capitana de un barco y viajar haciendo descubrimientos, y me dijeron que con esas actividades no iba a ganarme la vida.

—¿Ganarme la vida? No entiendo —pregunté, pero no contestaron.

Entonces compartí otro de mis planes:

—Voy a protestar por lo que está mal en el mundo. Y voy a trabajar para cambiarlo, como por ejemplo voy a...

No dejaron que les explicara y entonces sí: reaccionaron.

—¡Andá de inmediato a estudiar! ¡En-se-gui-di-ta!

- DOS -

Esa soy yo

Parece la misma. Si bien sería extraño que alguien la hubiera sacado del baúl para dejarla sobre mi escritorio, más extraño sería que se tratara de otra caja. Así que debo asegurarme.

Voy al sótano a revisar. La caja dorada de mi bisabuela y la tarjeta que contiene siguen en su lugar. Vuelvo a mi dormitorio.

Sin demora, abro la nueva caja.

Y también tiene una tarjeta. Idéntica.

La cama me ofrece el lugar perfecto para sentarme a pensar. Pero no se me ocurre nada. Estoy sorprendida. ¿Será una broma de mis padres? En casa somos tres. ¿Quién más pudo haber sido?

¿Qué será esta invitación? ¿Y dónde me esperan? ¿Y quiénes? ¿Y cuándo?

O es una broma, lo cual empieza a parecerme imposible porque mis padres no son tan chistosos cuando estoy en penitencia... O simplemente... no sé.

¿Qué habrá hecho la bisabuela al recibir la suya? ¿Y por qué yo, ahora? Todo es raro. Muy raro.

De lo único, lo único que estoy segura es de que la caja y su contenido son para mí.

¿Cómo lo sé? Porque al mirar el reverso de la tarjeta descubro que dice:

16



Y esa soy yo.

- TRES -

Nunca más

Me gusta ir a la panadería. En mi casa todos tenemos tareas, y una de las mías es ir a buscar el pan para el desayuno. Hoy no es la excepción.

—Cambiate de ropa y sacate las pantuflas —grita mi madre.

Entonces me pongo un par de botas de lluvia que encuentro por ahí; son de papá, por lo grandes. También está su gabardina, cómoda y larga, y me cubre el pijama.

Es domingo, llovizna y hace frío. Hay pocas personas en la calle. A veces, mientras camino miro el suelo; siempre hay alguna cosa que me interesa, pueden ser objetos perdidos, plumas y hasta monedas. Hoy la vereda está llena de hojas. Ya no crujen y huelen distinto, como a tronco de árbol. Además de oler las cosas, también me gusta escucharlas.

Al llegar a la panadería entro, pero no hay nadie. Así que espero.

Pasados cinco minutos imagino que tal vez estén cocinando y que por eso no oyen.

—Marita... —llamo, y luego más fuerte—: ¡Marita!
Pero no hay respuesta.

Volver a casa sin el pan no es una opción, así que me siento en el piso y decido esperar. Algún otro cliente va a aparecer y entre todos va a ser diferente. Al menos gritaremos más fuerte.

Pero... ¿y si a Marita le pasó algo? ¿Y si está desmayada o le ocurrió algo peor, como que esté muerta? ¿Debería ir a ver? ¡Pobre Marita!

18

Vuelvo a gritar y de nuevo el silencio. Atravieso la puerta que separa el mostrador del sitio en el que hacen el pan. No hay nadie y el horno de leña está apagado.

Supongo que pasó algo. Intento prender la luz pero el interruptor no funciona. Está todo en penumbras y me da miedo, pero también me preocupa saber qué le pasó. Abro una ventana y entra un poco de luz. Recorro todo el lugar, me meto en la habitación de la leña, la de la harina, y hasta reviso el patio interior donde está la cucha de Lucio, el perro guardián, y de Estela, la gata que ahuyenta los ratones. Lucio sale de su casilla y ladra un poco, pero es un perro tan bueno conmigo que le converso y se calma. Estela maúlla y se me sienta en la falda. Se escucha un ruido, como de algo que se cae. Estela corre a esconderse y Lucio empieza a ladrar de nuevo. Si no fuera porque estoy con él, me daría un poco de temor. Hoy la panadería está rara.

Al aparecer Marita con unos recipientes, los tres respiramos tranquilos. Lucio y Estela desayunan y yo puedo irme.

—¿Dónde estaban? —pregunto.

—Acá, abrimos como siempre a las seis.

Yo sé que no es así. En la panadería no había nadie; pero no le discuto. A fin de cuentas me colé en su negocio y anduve metida en lugares que no son para los clientes. Ella me invita con bizcochos dulces que sabe que me gustan mucho y me entrega el pan que fui a buscar.

19

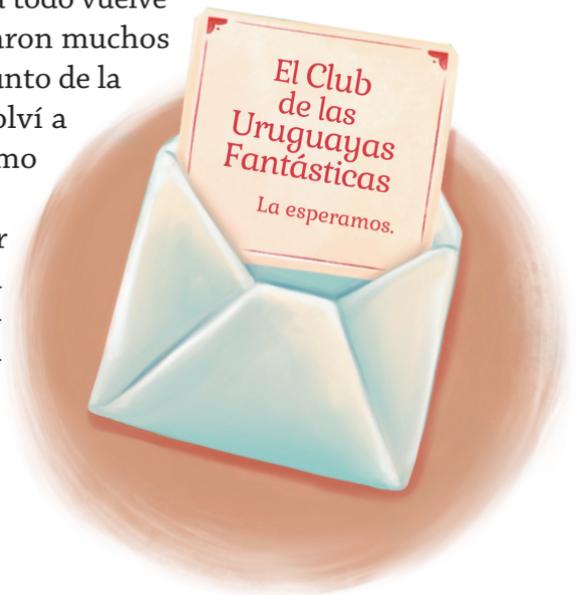
Cuando estoy saliendo, Marita me llama. Me doy vuelta. ¿Qué ira a pasar ahora?

—Se te debe de haber caído esto —dice y me entrega un paquetito.

—Gracias —respondo.

De camino a casa todo vuelve a mi memoria. Pasaron muchos días desde aquel asunto de la caja dorada y no volví a pensar en eso. ¿Cómo pude olvidarme?

No necesito abrir el paquetito para saber cuál es el contenido, pero por supuesto lo hago.



Me detengo y miro para todos lados.

Nada sucede. Así que sigo rumbo a casa, con el pan en una bolsa y la cajita dorada en el bolsillo de la gabardina de mi padre.

—En cinco minutos desayunamos —anuncia mi madre, con total naturalidad, sin protestar por mi demora.

Pero ya no estoy atenta a lo que me dice. Quiero ir a mi dormitorio. O a cualquier sitio donde pueda estar tranquila.

20 ¿Uruguay fantástica? Ya sé que la tarjeta tiene mi nombre, pero yo de fantástica no tengo nada. No me gusta estudiar y cuando estudio igual saco notas bajas. ¿Qué puede tener eso de fantástico?

Esa tarjeta es falsa, y aunque fuera real no me interesa ir a ningún club. Todo es ridículo y tonto, y aunque me muera de ganas no vuelvo al sótano; todo este temita de las cajas y las tarjetas empezó allí y no pienso volver. Nunca más.

Mujer en vuelo

—¡Olivia! —escucho que gritan.

Me tapo la cabeza con la frazada.

El grito se repite y me enoja bastante. ¡Quiero dormir! Pero me doy cuenta de que ya es tarde: estoy despierta.

Me visto y recorro la casa buscando a mis padres. No están por ningún lado, solo me falta mirar en el dormitorio. Abro despacito y escucho los ronquidos de mi padre y también los de mi madre. Parecen truenos.

Voy a la cocina, a prepararme un café con leche y a comer de la torta que trajo mi tío, de chocolate.

—No comas tanto —dicen mis padres—, vas a engordar.

Por eso voy a aprovechar ahora que duermen, para disfrutar de la torta. El vestido de mi bisabuela, el del baúl, es grande, por lo que imagino que ella era gordita. Y mi padre también lo es. Me encanta cuando lo abrazo, es tibio y mullido como un peluche. Me gusta la gente así.

El reloj de la cocina marca las seis de la mañana. ¡Perfecto! Van a dormir un rato más.

Corto un trozo bien grande y después de ponerlo sobre una servilleta, escucho algo, y creo... que dijeron mi nombre.

Me asomo a la ventana. Sigue lloviendo y el agua golpea contra los vidrios.

—¡Olivia! ¡Te necesito! —y es una voz de mujer.

Me quedo quieta un ratito, pensando.

¿Qué puedo perder?

22 Abro la puerta de calle y en un segundo una mujer me agarra de la mano. ¡Después todo es vertiginoso! Corremos sin parar y damos muchas vueltas, como si estuviéramos en un laberinto.

De pronto ella se detiene y dice que no me asuste, que todo va a estar bien, pero que mi ayuda es importante en una situación urgente. Me entrega un mameluco gris, igual al que tiene puesto. Le hago muchas preguntas. No sé dónde estoy, ni entiendo cómo llegué hasta aquí.

—Todo está bien, ya vas a ver.

Y sonrío tan lindo que me da tranquilidad, a pesar de que todo sucede muy rápido.

Alrededor nuestro hay árboles y pasto, y mucha agua.

—¿Dónde está mi casa? ¿Dónde estoy? —pregunto varias veces.

Pero ella vuelve a sonreír y me señala el mameluco.

—Es tu talle —dice—. Vas a estar seca, al menos por un rato.

Yo obedezco y me visto.

—Me llamo Mirta y necesito que vengas conmigo.
¿Alguna vez volaste?

Todo es tan extraño que pienso en unas alas de pájaro, pero por suerte no le respondo.

Creo que la mujer nota mi confusión y me aclara que vamos a volar en avión.

—Nunca volé —le digo, inquieta, mientras me seco unas lagrimitas tratando de que ella no me vea.

—Te va a encantar —dice riendo y me agarra la mano nuevamente—. Vamos —y señala hacia adelante—, se hace tarde, ya tenemos todo pronto.

23

La sigo, no porque quiera, sino porque no puedo elegir. Me muerdo los labios para ver si estoy soñando. No estoy soñando, estoy despierta y con la boca dolorida. Creo que me mordí muy fuerte.

Entramos a un galpón y quedo paralizada. Hay un avión medio chico. Veo que tanto la mujer como las otras personas tienen un aspecto distinto. Recuerdo una foto del baúl de la bisabuela, que parecía pintada con acuarela de colores.

—¿Lleva provisiones? —le pregunta un hombre.

—Ahora no —responde Mirta—, vamos a una misión.

—No puedo acompañarla —le dice el hombre y me mira.

—Ya tengo acompañante —dice Mirta y otra vez me agarra de la mano—. Vamos.



El hombre me abre la puerta y permanece con una cara muy seria, tanto que me da un poco de vergüenza estar allí.

Un ratito después estamos volando. El interior del avión es pequeño. En el tablero hay muchos botones pero todos parecen antiguos, como de un auto con nombre alemán que tenía mi abuelo. ¡Es un auto viejo con alas! Lo pienso pero no se lo digo.

24 Ella no me habla. El avión se mueve como el juego de un parque de diversiones y hace mucho ruido. Las nubes están cerca y el suelo está lejos.

Al principio siento un poco de náuseas. No puedo bajar, por supuesto, así que no tengo otra opción que esperar.

Mirta tiene el pelo corto y es linda. Parece de la edad de mi madre, pero luce distinta. En un costado del pecho tiene un prendedor con dos alitas doradas.

—Me lo regaló un piloto recién recibido, un jovencito. Dice que admira mi trabajo —me comenta como si adivinara lo que pienso.

—Es lindo —digo yo, y me viene un mareo.

Hay que hablar en voz muy alta para escucharnos.

—¿Te sentís bien? —pregunta la aviadora, y yo muevo la cabeza en señal afirmativa.

Debajo de nosotros empieza a surgir un paisaje cubierto de agua, y Mirta aprieta botones y habla con alguien por un micrófono.

Yo quiero saber lo que pasa, pero entiendo que debo esperar; si no, voy a resultarle una pesada. Al ratito me cuenta:

—Lo que ves son los techos de las casas y las copas de los árboles; está todo bajo agua, inundado. Demasiadas lluvias, y lo peor es que la inundación sigue creciendo. Hay mucha gente en problemas, sin casas, sin alimentos, sin agua potable. Algunos pudieron irse para Montevideo o para otras ciudades, pero muchos permanecen en sus localidades. Los aviones nos permiten llevar provisiones y rescatar a los que quedaron aislados; las carreteras y los caminos están intransitables. Es triste ver el dolor de la gente cuando tiene que abandonar sus casas. Algunos no aceptan enseguida y esperan hasta último momento a que suceda un milagro. Ayer un abuelo que vive en el campo se resistió a que lo ayudara; el agua se acercaba rápidamente y no había manera de convencerlo. Insistí mucho, hablamos, y nada.

—¿Y qué pasó? —le pregunto.

“No voy a dejar mi hogar”, me dijo el abuelo, muy seguro. “De acá no me voy”.

—¿Y sabes qué? Ya no quedaba tiempo. Si seguía demorando ni siquiera yo podría salvarme; el agua estaba cerca y tenía que hacer despegar el avión. Cuando le dije que su familia lo estaba esperando y que me habían pedido que lo llevara, terminó aceptando. ¡Fue un gran alivio!





—Qué suerte que decidió irse —digo, sintiéndome más confiada.

Ella retomó la palabra:

—Una ciudad entera se está por evacuar en estos días: Paso de los Toros. Evacuar es hacer que las personas se trasladen a un lugar seguro —me aclaró porque creo que vio mi cara de no entender—. Hay una represa que puede romperse en cualquier momento. La situación es difícil. ¿Pero sabes? Hay mucha gente ayudando, trabajando, siendo solidaria, ofreciendo sus casas para recibir personas, donando alimentos, ropa y mucho más. Es muy bueno que haya gente que piense en los otros.

Mientras la escucho se me ocurren preguntas pero no quiero interrumpirla.

—¿Te gustan los bebés? —me dice de pronto.

Me sorprende y no sé qué contestarle. Seguimos volando encima de agua... y más agua y más agua. Yo tengo miedo, pero disimulo. Por suerte ya no llueve ni hay viento. Me acuerdo de mis padres y me dan ganas de llorar; me deben estar buscando. ¿Y si no los vuelvo a ver? ¿Y si me pierdo para siempre?

Ya no aguanto más y se me caen las lágrimas, muchas lágrimas, como si fuera otra inundación.

Entonces Mirta se da cuenta.

—Todo está bien, querida: tu familia está bien y pronto vas a volver. Te lo prometo. Pero si quieres regresar, es decisión tuya. Puedo llevarte de inmediato.

Dudo un segundo y estoy a punto de pedirle que me lleve a casa; pero al abrir la boca no me salen las palabras. De entre las nubes aparece un rayo de sol, atraviesa la ventanita y me da en la cara. Me encandila y sigo muda.



—Hace muchos años que piloteo aviones; no temas. Es mi trabajo y amo hacerlo. Desde niña me gusta todo lo que vuela y cuando pude me esforcé por lograr esto: ser libre, volar. Muchas compañeras fueron abandonando su sueño, y las entiendo, pero yo no lo dejo por nada. Ojalá llegue a vieja con los pies y el corazón en el cielo.

Hace una pausa y me avisa que vamos a aterrizar y debemos buscar a una señora de quien no tenemos ningún dato. Observo el avión y no me imagino dónde puede entrar una señora.

—¿Está bien firme el cinturón? Vamos a aterrizar en esa pista. Está muy embarrada, así que sujétate fuerte porque podemos patinar un poco.

—Sí, sí —me apresuro a decir.

Toco mi cinturón pero no sé si está bien puesto o no. Mirta pregunta rápido y yo respondo lento. Así que ya estamos bajando. Los árboles pasan demasiado cerca. Por suerte aquí no hay inundación. Al aterrizar, el avión se sacude todo. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! No sé si voy a estar entera cuando pise tierra firme.

Mirta me ayuda a salir de la cabina. Después me ofrece jugo y unas galletas con olor a manteca. Como algunas y guardo las demás en el bolsillo del mameluco.

—¿Ya la ubicaron? —le pregunta Mirta a un señor que viene a recibirnos.

—Todavía no —responde él—, pero está pronta la camioneta —agrega.

—Vamos a buscarla —y me hace señas de que la siga.

Subimos con apuro al vehículo y Mirta me entrega unos papeles. Me pide que le lea una dirección que está en primer lugar entre una cantidad de direcciones, y que me fije en el planito para ver dónde queda.

Me quedo callada y Mirta me mira de reojo.

Muevo las hojas como si estuvieran en chino y le digo que no puedo, que estoy nerviosa. Ella me tranquiliza y dice que no hay apuro, que le viene bien descansar unos minutos mientras yo busco.

Apoya la cabeza en el respaldo del asiento y cierra los ojos. Me da tiempo de mirar más tranquila, y finalmente encuentro la dirección.

—Primero la casa amarilla del centro —digo—, frente a la plaza.

—Perfecto —me dice y me indica el lugar donde hay una lapicera—. Yo te voy dictando y tú anotas.

Me tiemblan un poquito las piernas y me acuerdo de las veces que no puedo escribir rápido y me dicen cosas que no me gustan.

—¿No sería mejor que lo hicieras vos? —le propongo.

Ella responde que necesita mi ayuda para seguir manejando con atención.

Nos detenemos en varios lugares. En el primero baja ella sola, después me animo y la acompaño.

Algunas personas dan información y ella resume para que yo escriba. Se la ve cansada y está seria, pero sigue y sigue y sigue. Pasan como dos horas y aún recorremos lugares. Llovizna.



Me pide que revisemos la lista y mis anotaciones. Yo leo, esforzándome para no titubear o equivocarme.

—¡Perfecto! —dice Mirta, y le cambia la cara—, ya sé dónde hay que ir.

30

Estoy sentada en el avión. Mirta me da instrucciones de cómo llevar al bebé en mi falda. Tengo que darle la mamadera si empieza a llorar y sobre todo sostenerlo firme pero sin apretarlo. Despegamos y nos sacudimos bastante. Yo estoy aterrada, pero el bebé va tranquilo. Cierra los ojos y se duerme. He pasado horas con Mirta y todavía no sé de qué se trata todo esto. Una vez más le pregunto y ella me hace señas de que hable bajito. Pocos segundos después me cuenta.

—La mamá de este bebé viajaba en un tren. Tuvo que ir al baño y se lo dejó encargado a una señora. Aunque no puedas creer, Olivia, el tren tuvo un problema y se separaron los vagones. Entonces la madre quedó en un vagón y la señora con el bebé en otro. La inundación se interpuso y no pudo recuperarlo. Llevan muchos días alejados. Con las carreteras inundadas, el pueblo en el que estuvimos y recuperamos al niño y el pueblo en el que está la madre quedaron incomunicados. Solo un avión podía resolver la situación. Y por suerte eso hacemos.

Yo miro al bebé que tengo en brazos y me siento muy importante. Le acaricio los rulitos y los brazos gordos, y me acuerdo de mi padre y de la torta que hace mi tío.

—Voy a sugerirte algo —dice Mirta—. Sería lindo que alguien escriba lo sucedido, los lugares a los que fuimos y el desarrollo de la misión. Y me gustaría que fueras tú.

—¿Ahora? —le pregunto.

—¡No! Cuando estés en tu casa, y si tienes ganas, claro. Me parece difícil, pero voy a intentarlo.

Mirta avisa por radio que estamos por llegar en media hora y los ruidos despiertan al bebé. Tiene ojos grandes, me mira y amenaza con llorar, pero lo distraigo con la mamadera.

Al aterrizar hay varias personas esperando. Una mujer corre hacia nosotros y sigue corriendo al costado del avión hasta que nos detenemos.

Le entrego el bebé y me da las gracias. “Gracias, gracias, gracias”, repite muchas veces. No para de llorar, de besar al niño y de reírse. Todo junto. Dice que está muy feliz y que nunca se olvidará de lo que hicimos por ella y su hijo.

—Nosotras solamente cumplimos con nuestro deber —dice Mirta—. Pero por supuesto que también estamos muy felices. ¿No es así, copiloto? —me pregunta.

Yo me río y asiento con la cabeza. (¡Me dice copiloto!).

Nos despedimos y subimos al avión.

—¿Tenemos otra misión? —pregunto.

—Por ahora esto es todo —dice sonriente—, veremos en el futuro... ¿Qué te parece, Olivia?

—¡Me parece que sos fantástica! —le respondo.



